



Crítica

La Última Novela De Roa Bastos

Concebida a modo de testamento, memoria o carta-recuento, la obra se desarrolla entre la realidad concreta y la alucinación.

El Fiscal

Augusto Roa Bastos. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993, 399 páginas.

por Ana María Larraín

AUTOR poco prolífico pero de apabullante imaginación, Augusto Roa Bastos, el más importante escritor paraguayo de todos los tiempos (Premio Cervantes 1990), suele sorprendernos cada cuatro o quince años con una novela que habla de un alto nivel de exigencia en su factura. Primero fue *Hijo de Hombre*, cuyos logros humanos y literarios lo lanzaron de lleno a la fama en 1960. Luego vino la que muchos consideran hasta hoy su obra cumbre. Ya, *el Supremo* (1974), también sobre ese tema que el mismo llama "el monoteísmo del poder". Y en 1992 apareció el sueño de Cristóbal Colón bajo el título de *Vigilia del Almirante*, una novela hermosa aunque no plenamente lograda en su estructura, que marcó un paréntesis a lo que parecía su obsesión por los alcances oníricos de una dictadura infernal.

A este suceso listado se agrega ahora *El Fiscal*, que viene a completar la interminable trilogía sobre ese leit motiv literario de gran fuerza inspiradora para la mayoría de los narradores latinoamericanos de nuestro siglo. Escrita a fines de la década del ochenta, la caída de Stroessner decretó la destrucción de su versión original por parte del novelista, quien había partido al exilio a los treinta años de edad.

Redicada durante el largo último tiempo en Francia, Roa Bastos decidió no bace mucho retomar la historia a partir,

según confiesa, de sus propias cenizas, viéndose enfrentado ciertamente ante otro contexto histórico, lo que le dio un giro distinto a la forma del relato, si no a la base que lo sustentaba. Y así fue como se propuso hablar, a los 76 años, del "acto de fe de un escritor no profesional en la utopía de la escritura novelesca", tal cual lo expresa en las breves líneas introductorias al libro.

El resultado es una novela apasionante, terrible, pesadillesca y obsesiva, magistralmente escrita y con un fino trabajo del lenguaje, que apunta en su devenir narrativo a dos ámbitos de la realidad: uno más inmediato y concreto, y otro afinado casi góticamente en la alucinación. Los dificultades de ensamble entre éste y aquél exigen, empero, una entrega total de parte del lector al poder de convicción apelo, lo que lamentablemente no siempre se consigue, dada la magnitud de una empresa

que no admite —y por algo no la hay— concesiones de ningún tipo.

Concebida en primera persona a modo de testamento, memoria o larguísima carta-recuento destinada externamente a la mujer amada, *El Fiscal* busca interiormente despejar, sin embargo, los más hondos recovecos del alma del narrador. Este, un exiliado paraguayo situado en la mediana de su existencia, se gana la vida como profesor en una universidad francesa y es un hombre desvelado por la idea del tiranicidio, que ya una vez lo arrojó en las garras de sus torturadores; por eso mismo, se ha visto obligado a cambiarse totalmente los rasgos de la cara.

Convencido en carne propia, como su abuelo, de que "el exilio es el mayor destructor de almas", junto con el nuevo rostro le ha ido cambiando a él su fisiología psíquica. Ya entonces cuando su espíritu comienza a poblar, en medio de la feli-

cidad del maduro amor compartido, de aterradores fantasmas, que toman la forma asustante de una alumna alemana en la cual Eros y Tanathos se unen simultáneamente en un abrazo mortal, sufriendo en paranoicas alucinaciones que simbolizan, más bien, la premunición de un cruento destino. Félix Moral se transforma, pues, por mandato ético, en "El Fiscal", dejando de lado lo que quizás pudo haber sido de haber variado las circunstancias: un feliz-marital (no creo que el nombre asignado por Roa Bastos a su protagonista haya sido una simple casualidad, de allí la licencia que me tomo para remitir, en ilustradora comparación, al latín).

Emocionalmente resulta la entrega absoluta del autor a una ficción que no puede sino haberle producido un tremendo desgaste; su novela es grande, aterradora y hermosa a la vez, y se lleva a cabo en un lenguaje entre lúcido y febril de impecable belleza.

Una novela compleja, no obstante, que combina —a ratos sin la deseada fuerza— acción y reflexión, aunque no por ello le es ajeno el suspense, afincándose en una pesadilla personal proyectada en magnífico paralelismo con la pavorosa historia de un pueblo oprimido hasta el mito. Una novela que, por todo lo anterior, necesita de una estructura férrea y de un manejo estrictísimo de las riendas del relato, lo que termina por expresarse, en la ambición legítima pero al mismo tiempo desmesurada de intentar abarcarlo todo, incluso a un escritor de la calidad de Roa Bastos.

Lo curioso es que, cerradas ya las páginas del libro, uno siente haberse unido con el cuerpo en un vilo entre el horror y el amor, sin que ninguno de sus defectos importe al lado de la visión apocalíptica del espectáculo al que le ha tocado el privilegio de asistir. ■



Biografía

NACIÓ en Asunción 1917, pero a los 10 años, Augusto Roa Bastos, uno de los más destacados autores paraguayos obtuvo, en 1928, el Premio Cervantes de Literatura para su obra *Hijo de Hombre*, que ha sido traducida a la patria. Actualmente está radicado en Francia donde ejerce la docencia. Sus obras son pocas pero de gran repercusión en el ámbito literario. Algunas de ellas son: *Hijo de Hombre* (1960); *Yo, el Supremo* (1974) y *Vigilia del Almirante* (1992) publicada tras dieciocho años de silencio.



AUGUSTO ROA BASTOS

La Última novela de Roa Bastos [artículo] Ana María Larraín.

Libros y documentos

AUTORÍA

Larraín, Ana María

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Última novela de Roa Bastos [artículo] Ana María Larraín. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile